

Laura Llevadot

Acerca de *La tumba de Antígona*

María ZAMBRANO, *La tumba de Antígona y otros textos sobre el personaje trágico*, edición de Virginia TRUEBA, Madrid, Cátedra, 2012.

Es conocida la aparente arrogancia con la que Zambrano inicia su prólogo a *La tumba de Antígona*: «Antígona, en verdad, no se suicidó en su tumba, según Sófocles, incurriendo en un inevitable error, nos cuenta». Que Sófocles se hubiese equivocado al hacer morir a su personaje es algo que hasta el momento nadie antes nos había planteado. De entre todas las Antígonas aparecidas en nuestra historia filosófica y literaria de las que Steiner daría cuenta, ninguna se sustrae a su fatal destino a excepción de la zambraniana. Y es este hecho remarcable el que hace de la *Antígona* de Zambrano un texto inevitable y necesario, un lugar para la reflexión en el que se juega un aspecto decisivo de nuestra cultura, de nuestro modo de comprender la existencia, lo ético y lo político, un lugar donde detenerse si lo que se pretende es comprender algo de lo que sucede en eso que llamamos mundo y algo de lo que nos ocurre cuando nos debatimos en él o desistimos definitivamente de hacerlo. Que Antígona no se suicide es lo que permite a Zambrano despojar a esta tragedia del peso de su interpretación hegeliana. Antígona no representa ya el principio pre-político de la familia y el parentesco que se enfrenta a la autoridad del Estado, Antígona no es, ni siquiera en su versión más izquierdista, esa figura política que encarna el derecho a la rebelión frente a la tiranía del Estado, ni, en su versión feminista, el desafío de lo femenino frente al poder masculino, ni es siquiera la figura de la transgresión de las normas del parentesco y del género, según la última lectura de Butler. Al descender viva a su tumba Antígona inicia otro periplo, el camino del delirio, a través del cual este personaje dará a ver algo del conflicto que atraviesa al linaje, a la ciudad, y también a todo individuo. La Antígona de Zambrano habla como enloquecida en su tumba, ella es ante todo voz. Allí es visitada por los fantasmas que han urdido su historia y su trágico destino, y entre todos van ofreciendo la verdad ambigua y múltiple que llevó a Antígona hacia esa cuna del delirio, lugar en el que a muchos otros se les detuvo la vida. Hija de un padre ciego ante su propia existencia, hermana de dos hombres que sueñan de diversa forma lo político y de una mujer que será la única en escapar al destino familiar, heredera de la culpa de todo el linaje hasta el punto de negarse la salvación a sí misma por medio del amor, cosa que a su pesar le descubrirá la harpía, enamorada quizá más que de su hermano de la propia deuda que arrastra su comunidad, que como toda comunidad se levanta sobre un sacrificio inicial, la Antígona de Zambrano es, antes que nada, un emblema del destino trágico que acarrea todo lo vivo que no ha acabado de nacer, que se da prematuramente por ya nacido y se dispone a hablar y actuar sin haberse dado a ver. Es por ello por lo que esta obra esencial no es solo un paraje necesario para comprender el destino trágico de buena parte de nuestra cultura y nuestra política, sino también un texto excelente para comprender el quehacer de Zambrano. Su «razón poética» quizá no sea otra cosa que la búsqueda de un lenguaje capaz de decir este tipo de verdades, existenciales y políticas a un tiempo, que la razón discursiva tiende a ocultar por motivos estructurales. El hecho de que esta edición de *La tumba de Antígona* se acompañe de la publicación conjunta de otros textos fundamentales de Zambrano sobre el personaje, tales como «Delirio de Antígona» (1989) o «El personaje Autor: Antígona», publicado inicialmente en *El sueño creador* (1965), «Antígona o de la guerra civil»,

manuscrito perteneciente a los *Cuadernos del café Greco* que Zambrano escribiese en Roma entre 1953 y 1964, así como algunos otros textos inéditos, permite comprender la trascendencia de esta figura en el proyecto filosófico zambraniano así como la importancia decisiva de su reflexión para nosotros. La comparación de Antígona con Atenea que aparece en uno de estos manuscritos, la analogía de la problemática de la fraternidad con la guerra civil española, así como las reflexiones en torno a la piedad y la justicia, que sin duda ocupan un lugar relevante en el pensamiento contemporáneo, son solo algunos ejemplos de aquellas anotaciones de Zambrano que permiten enriquecer la lectura de *La tumba de Antígona*. Que estos textos se hayan publicado conjuntamente otorga la espesura necesaria a una lectura por lo demás nada simple.

Además de esta tarea de selección y edición cuidada de los textos, hay que agradecer a Virginia Trueba la elaboración de una introducción extraordinariamente rica tanto en lo que se refiere al análisis del texto en cuestión cuanto a la multitud de referencias que proporcionan el contexto de su germinación. Junto a un depurado análisis de los personajes, de su lenguaje y sus voces, del uso de las metáforas, tan decisivas en la totalidad de la obra de Zambrano, de los símbolos recurrentes como el agua y la piedra, de la retórica, en fin, que constituye el lenguaje zambraniano, hallamos en este texto introductorio un esfuerzo relevante de contextualización que permite ubicar el pensamiento de Zambrano en su lugar propio. La importancia decisiva de la lectura de Louis Massignon, a quien Zambrano reconocería como su único maestro, el diálogo soterrado de Zambrano con Jung, Corbin o René Guénon, así como la sensibilidad que esta autora compartió con contemporáneos suyos de la talla de Valente o José Bergamín, entre tantas otras preciosas referencias que Trueba brinda generosamente, permiten ir reelaborando el tejido profuso y complejo sobre el que se fue construyendo esta obra singular que hoy nos sigue hablando, tal como la Antígona de Sófocles habló a Zambrano. Que los puentes no se rompan, que el delicado hilo que lleva de la antigua Grecia a nuestra contemporaneidad para cuestionar nuestro modo de existir no se quiebre, depende en gran medida de trabajos de edición como el presente, de compromisos editoriales serios por hacer «escuchar de nuevo», como diría Zambrano, las voces que de otro modo permanecerían silenciadas bajo el ruido bochornoso de la actualidad. Y algo fundamental perderíamos entonces, algo que percibirá bien quien se adentre en la lectura de este texto imprescindible.